

da el poema. No hay división entre forma y contenido, y lo que Jaime Gil llama experiencia previa, la necesidad de haber vivido antes, obviamente se integra transformándose en el momento en que el poema nos incorpora como lector activo, como recreador del texto. El interés por la verosimilitud vital, de la autonomía de la experiencia, tiene más que ver, a mi parecer, con el valor documental de la obra. No necesitamos que Shakespeare haya vivido todo ese universo de pasiones, sólo necesitamos que esté en sus obras de teatro. La posibilidad de que corresponda a una experiencia del poeta es un valor añadido ajeno al poema mismo. Pero es comprensible que este tema, el de «la realidad de la experiencia personal» como fondo del poema, obsesionara a Jaime Gil y lo ha reflejado en sus ensayos y entrevistas, además de en su obra poética. Yo creo que él creía que inventar traicionaría su propia vida, que escamotearía al interlocutor la verdad del argumento de la obra y, puesto que envejecemos y vamos a morir, lo que en verdad importa es dar fe de ese paso del tiempo en nuestra piel, dar fe de manera simbólica, con una representación de ese fondo de experiencia.

Jaime Gil nos recuerda en su obra que la muerte habita todo lo que vive y, en alguna medida, se siente fascinado por ella. Sabemos que escribió el poema «Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma» en un momento de crisis en el que pensó seriamente en el suicidio, y matar al personaje le consoló, le salvó la vida. Es como si tuviera conciencia de que ese personaje que vivió alguna vez el tiempo platónico de la infancia o de la juventud, un tiempo no localizable con certeza, no puede seguir viviendo y, al igual que contempla ese instante intransitivo, ve en un momento dado de su vida, casi al final de su vida de poeta, la imposibilidad de seguir alimentando y alimentándose, a un personaje que le impide vivir. «A veces me pregunto —escribe Jaime Gil— cómo será sin ti mi poesía.» De hecho, como señala Pere Rovira, en *Poemas póstumos* hay una crítica, un intento de desconfiguración del personaje de los libros anteriores; pero, una vez retratado el muerto, la poesía de Jaime Gil desaparece, como si ya hubiera agotado su sentido. Si Jaime Gil constata a lo largo de sus poemas la experiencia perdida, es también lógico que constate la muerte del personaje al que le ha atribuido la «experiencia de fondo» que relata en sus poemas. Sólo que la muerte de ese personaje, un personaje que tiene una relación con Jaime Gil muy distinta que la que pudiera tener Quijano o Hamlet con Cervantes y Shakespeare, conlleva, trágicamente, la desaparición del poeta: la máscara, en el teatro de la vida, era su propio rostro. No deja de ser curioso que durante su juventud viviera en Barcelona, en un sótano sin luz exterior (recuérdese que siempre fue un hombre de dinero) y que, años después, tuvo una casa en la aldea de Ultramort, en el Ampurdán. No veo en esto un azar, sino la elección de un destino. Después de la muerte poética de Jaime Gil de Biedma, los quince poemas cortos que concluyen su obra tienen los temas siguientes: una visión de su vida en la casa de Ultramort, solo, reconciliado tal vez con la soledad; una vida sencilla en lo que se refiere al deseo; una visión de la muerte de alguien próximo; la tentación de la felicidad en la madurez; el «soldado de la guerra perdida de la vida»; el amor, un poco desvaído porque se trata de

un amor presente, un día en que se sintió vivir y lo recuerda: fue en la calle Pandrossou, en Atenas; el recuerdo de una persona de su casa que murió, la reconciliación con su padre muerto; de nuevo el amor; el recuerdo de otro fallecido, Gabriel Ferrater; un himno a la juventud; un poema titulado «De Senectute» y, para cerrar, «De vita beata» y «Canción final». Casi no necesita explicación. Jaime Gil ha escrito la biografía, completa, de su propio personaje, no una biografía que se extienda a lo largo de su vida, sino la que ha ido constatando la felicidad, el amor, el tiempo mítico de alguna vez, el del bello verano y que no pudo extenderse, continuarse en la historia de su crecimiento personal.

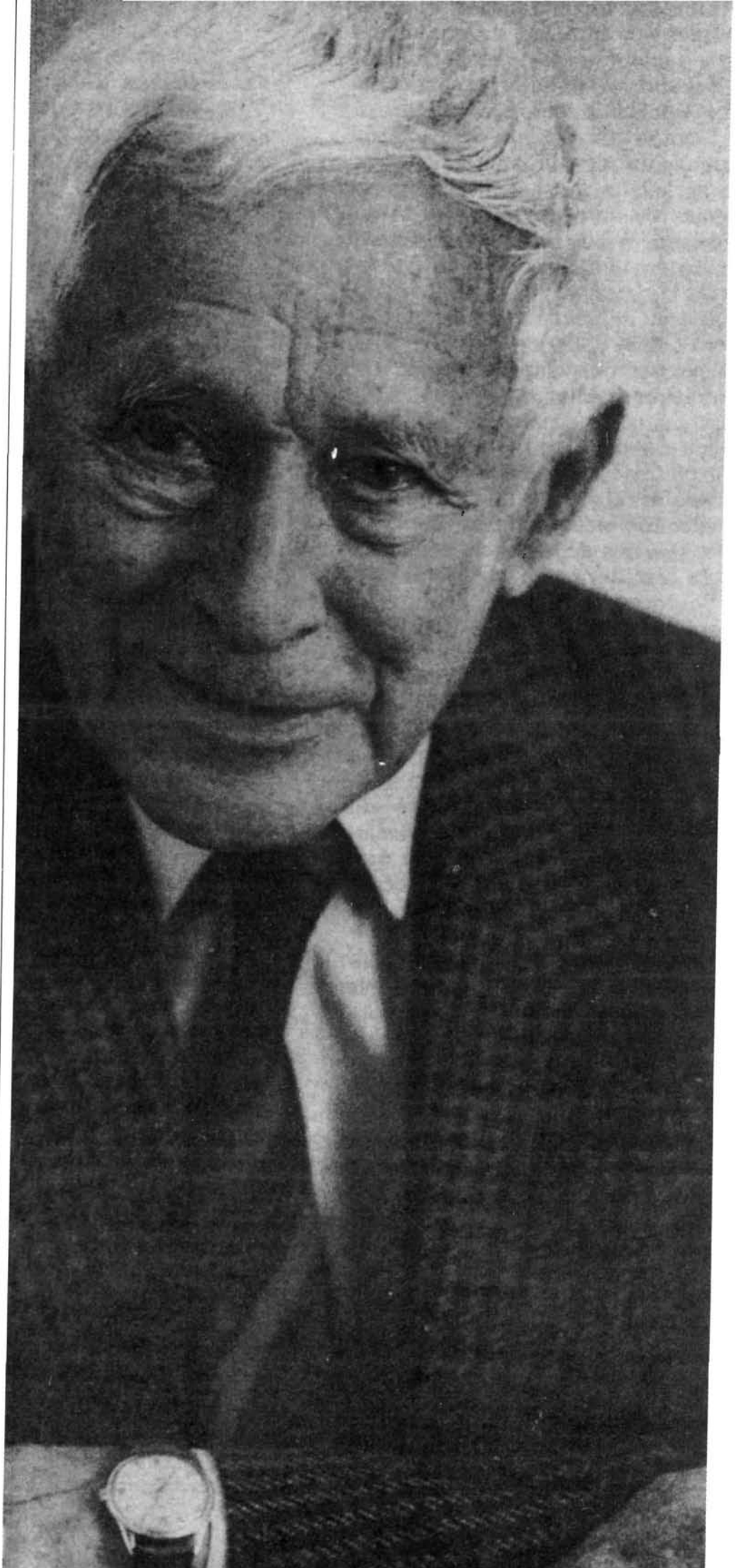
Las personas del verbo son las obras completas de «Jaime Gil de Biedma», el personaje máscara que escribe sobre su propia muerte gracias a ese desdoblamiento literario que le permite creer que el poema no es un correlato objetivo de la experiencia, sino una representación simbólica. Como toda representación, llega a su fin, y esta lo hace constatando la distancia entre la vida y el esplendor ruinoso de su inteligencia. Yo creo que el hombre Jaime Gil no pudo desprenderse de su personaje y que éste lo arrastró con el peso de su máscara. Llegó a estar realmente cansado de «Jaime Gil de Biedma», pero el «fondo» de esa «forma» por utilizar su división antes mencionada entre poema y experiencia, había sido grabado de manera indeleble por esas palabras de familia enlazadas en «renglones contados».

Con esto puedo volver al principio, a la idea de pluralidad personal del verbo. Creo que para que concibamos el lenguaje como esencialmente otro, en el sentido machadiano, hay que trascender verdaderamente el yo, la historia personal, fundiéndola en la experiencia momentánea de la lengua, constituida, para el caso que nos interesa, como poema. ¿Lo hizo Jaime Gil de Biedma? Sí y no. La ironía que le permitió una distancia enriquecedora y que es fundamental en su poesía, también desgarró los saltos de la analogía, le restó capacidad creativa. El personaje de su obra está en los bordes, queriendo hacer con su vida un poema, pero, tal como él caracterizó a la poesía, vemos el fondo y la forma, quiero decir que hay puestas en escena y señalizaciones. La biografía y el poema. En ocasiones ambas se funden en dos o tres versos que aparecen de nuevo proclamando la impotencia ante el deseo de reconciliar vida y poesía. Hay que recordar que él mismo dijo en «El juego de hacer versos» que son muy parecidos el placer solitario y el acto creativo de la escritura. Pero el placer solitario, masturbatorio, cae sobre sí mismo, no obtiene respuesta, sino el vacío de la pregunta, los ojos ciegos con que nos miramos en el espejo, por decirlo con una recurrencia machadiana. El placer solitario confronta con el vacío: no hay *otro* cuerpo, y el propio es sentido como soledad. Yo creo que el acto solitario de escribir, en sus mayores momentos, nos devuelve una presencia. No me atreveré a decir que sea un cuerpo, pero no dudo en decir que es una presencia, una realidad segregada de ese acto solitario que, una vez comenzado, ya inicia el descubrimiento de algo que está más allá de nosotros mismos sin excluirnos: el lenguaje. La poesía de Jaime Gil de Biedma es el testimonio de esta oscilación entre ironía y búsqueda del poema,

y la necesidad poética más honda, la poesía. Yo no sabría decir cuál es su importancia dentro de las letras españolas, pero me parece que, sea cual fuere, tiene un valor ambiguo: por un lado nos ha dado un documento narrativo de primer orden sobre un personaje —con una historicidad evidente— y el paso de su tiempo; por el otro, una serie de poemas de gran finura versicular, admirablemente resueltos en cuyo diálogo con la tradición métrica y la poesía moderna, logra dar un paso más, es decir, que logra insertarse en la historia viva de nuestra poesía. Hizo una poesía inteligente, no de la inteligencia. Alguna vez declaró que lo que a él le hubiera gustado es hacer de su vida un poema, es decir, encarnar los valores analógicos y libertarios de la poesía. No sé si en algún momento lo logró, pero sí sé que la vida, con sus fuerzas contradictorias y paradójicas, está en sus poemas.

Juan Malpartida





Ernst Jünger